

ÉTICA Y ARQUEOLOGÍA

ETHICS AND ARCHAEOLOGY

VICENTE LULL (*)

RESUMEN

Vivimos entre objetos. Los objetos nos conducen y enseñan. Todo ellos, ajenos o propios nos hacen. La arqueología es el procedimiento más adecuado para dar cuenta de cómo y por qué constituimos *objetos distinguidos* de entre las cosas. Útil e instrumento no son lo mismo. Ahondar en la diferencia es una forma de restituir a la ciencia el ambiente ético de su origen y darle satisfacción. La ética de sentirse objeto es la consecuencia necesaria.

ABSTRACT

We live among objects. Objects guide and teach us. All of them, whether owned by us or not, make us. Archaeology is the most suitable procedure if we are to explain how and why we become distinguished objects among the world of things. Useful things and tools are not the same as each other. To go deeply into this difference involves restoring to science its original ethical context and giving it satisfaction. The ethics of being an object is the necessary consequence.

Palabras clave: Arqueología. Ética. Ontología.

Key words: *Archaeology. Ethics. Ontology.*

El texto que presento aquí recoge la parte fundamental de una conferencia impartida en el *Museu d'Arqueologia de Catalunya* el 26 de mayo de 2006 (1). Con ella, pretendía dar a conocer algunas

(*) Departament de Prehistòria. Universitat Autònoma de Barcelona. Facultat de Filosofia i Lletres. Edifici B. 08193. Bellaterra. Barcelona. Correo electrónico: lubio@arrakis.es
Recibido: 10-I-2007; aceptado: 16-III-2007.

(1) El MAC me invitó a cerrar un ciclo de conferencias que tenía por objetivo *acompañar* a la exposición *Pentinar la mort. Rituals de vida i mort en la prehistòria de Menorca* (09-02-06 al 29-05-06), de la que fui comisario junto con mis compañeros Rafael Micó, Cristina Rihuete y Robert Risch.

conclusiones de mi último libro titulado *Los objetos distinguidos. La arqueología como excusa* (2). En aquella ocasión, disfruté de un auditorio alejado de los pasillos de la Academia, y ello me permitió estimar más ajustadamente el interés que podían suscitar *los objetos distinguidos* en un público tan abierto.

Mi charla comenzó con una reflexión sobre los museos arqueológicos que no he dudado en mantener aquí, porque éstos constituyen, junto a cementerios y basureros, los lugares irremisibles de llegada de todo objeto *distinguido*, y también la amortización definitiva del vínculo material de la arqueología.

La vivencia, en toda su sorpresa, exigió ser fijada por escrito. El resultado obligó reabrir el libro del que procedía y, como atajo oportuno del convivir con objetos, se hizo *necesario* como epílogo de aquél.

1. LOS MUSEOS

Venimos a los museos arqueológicos atraídos por cierto interés en contemplar objetos desconocidos y descubrir sus misterios. También, con la curiosidad por averiguar si contienen algo que nos sea propio, algo que perdimos o algo que nos constituya. Los que somos arqueólogos, también venimos para encontrar la sustancia de lo que hacemos, para entendernos a través de ellos y ver si podemos hacer algo más que comer de ellos.

Los museos pretenden ser el arsenal de nuestra memoria. ¿Qué mejor que un museo arqueológico para hablar de objetos?

Nada peor. Los museos, como los álbumes de cromos, auspician el coleccionismo y el inventario notarial. Su primera y casi siempre única finalidad

(2) Actualmente en prensa.

es poner en orden semejante saturación de imágenes. Un objetivo casi imposible que impide su verdadera misión de retener la memoria de la materia social.

Ningún objeto, en un museo, suele *decir* su mundo. Los museos arqueológicos suelen mostrar objetos tristes, rotos por una sintaxis carcelaria. Permanecen atrapados en sacos de vidrio que pretenden ordenarlos en celdillas separadas de tiempo muerto. A lo sumo, evocan una imagen fija que les hurta el sentido íntimo de su particular historia y el porqué de su conservación. En los museos, los objetos, desterrados de su contexto y radicalizados por intereses identitarios, se amoldan a premeditaciones.

Los museos, salvo contadas excepciones, enclaustran un barullo impresionante de cosas que dejaron de tener su objeto propio por ilustrar el de alguna voluntad decidida. Los arqueólogos tenemos mucha culpa en todo esto. Contribuimos a crear naturalezas muertas y nos empeñamos en volverlas a poner en circulación bajo un código de sentidos contrapuestos:

- Unos pretendemos restituir el sentido que tuvieron los objetos, no olvidar lo que significaron y no perder su memoria.
- Otros, en cambio, pretenden ilustrar con ellos nuevos relatos con el fin de abrirlos a nuevos significados en los que la memoria semeja más una carga que un impulso.

Los museos le suelen perder el respeto a la historia. Avanzando hacia el futuro, parecen ignorar que en cada instante que pasa avanzamos hacia el pasado. Desde allí, los objetos se mantienen junto a nosotros y nos empujan a emprender nuevas andaduras sin dejar de recordarnos el camino. Los museos arqueológicos, con ese ruido de materias tan característico, intentan responder a un afán de saber qué y cómo fue, o qué y cómo somos, mientras paradójicamente vomitan sin recato que no vale la pena recordar nada. Representan el silencio de la imagen como fetiche perpetuo de la ignorancia.

En la sociedad «espectacular» que vivimos, se seleccionan los objetos más adecuados para satisfacer el capricho del mirón. Con ello, la calidad de la información se hace prescindible. Los museos más visitados son aquellos que pueden confeccionar una buena película de intriga en la que la pericia del protagonista, arqueólogo a ser posible, cobre un papel relevante, si no en la investigación, sí en el relato. No importa el interés del guión, mien-

tras este contenga aventuras y tesoros recuperados. Los objetos constituyen así medios de consumo y contemplación más que medios de producción de comunicación y conocimientos.

Presentar ciertos objetos del pasado como grandes logros de la humanidad, o hacer publicidad del primer hallazgo de algo en algún sitio, forjan la arqueología como ciencia del fetiche y al arqueólogo como encantador de serpientes.

El objeto de los museos no puede verse reducido a un mensaje de consumo fácil y digerible, tendente a aumentar el número de espectadores. Los museos, como reducto material de la memoria, tienen la obligación de mantener el respeto a todas las formas de vida alternativas que nuestra especie ha experimentado y que podemos mostrar en su salsa, pues tenemos los restos materiales que en cierta medida la conservan.

2. VIVIR CON OBJETOS

El mundo está lleno de cosas que convertimos en objetos cuando las compartimos, las miramos atentamente y les damos nombre.

*A cada mirada atenta le corresponde un objeto.
Las cosas, las miradas y sus objetos, nos producen.*

Los griegos lo sabían bien. *Physis* o *naturaleza* abarcaba aquello de lo cual todo era, aquello que era y contenía todo, el modo de ser de las cosas. *Physis* tiene su raíz en el verbo *phyo*, que significa engendrar, producir, un constante generar.

Las cosas constituyen la producción misma y nos advierten de la vida ahí afuera.

*Los objetos son cosas atendidas y distinguidas.
Son nuestra manera de aprender la vida.*

El sentido de los objetos no reside en las palabras que lo nombran, sino en las cosas que incluye, supone, soporta, alerta y contesta.

Percebimos uno o múltiples objetos en las cosas, o un solo objeto entre varias.

En la primera operación, cuando hacemos de una cosa uno o varios objetos, diferenciamos rápidamente lo aparente que creemos evidente: un cuerpo limitado y distinto de otro. Sobrevolamos el consejo de Leonardo da Vinci (1970: 45) cuando

nos recuerda que el límite es una superficie común entre dos cuerpos que no forma parte de ninguno. El límite de un cuerpo está en el comienzo de otro y, al carecer de cuerpo, es invisible, no tiene superficie ni profundidad. Sin embargo, lo que no tiene límites, no tiene forma. Quizás por ello, esbozar contornos de límites imposibles constituyó nuestro primer objeto de representación de las cosas, y quizás esa sea también la causa por la que confundimos tan a menudo los objetos con sus imágenes.

El objeto es uno de los límites de la cosa, una cosa limitada por su estar junto a otro cuerpo, por su estar en contacto (estar en contacto es estar concretamente sin límites ni criterios de demarcación).

Con la segunda operación, averiguamos que logramos distinguir un único objeto de cosas distintas. Logramos un objeto propio mediante cosas ajenas, y esto nos re-sitúa como referencia de todos los mundos por venir.

La síntesis de ambas operaciones ya no procede de una observación rutinaria de lo que ocurre en la vida. El mirar atento por fin está maduro para ocuparse de la relación en que las cosas se encuentran, una relación que las comprende (en sus dos sentidos, el de contener y el de entender) y que es la misma que nos va *haciendo*.

Los objetos nos conducen

Es difícil ver las cosas como son cuando las han cruzado tantas palabras.

Las cosas a las que me referiré principalmente aquí con el término *objeto*, son las que tenemos más a mano, con las que podemos operar y a las que nos podemos agarrar; las cosas que nos sostienen, el cuerpo de todo ... nuestro cuerpo. Las cosas que nos sufren.

Todo lo que nos rodea es un itinerario marcado por los objetos.

Cuando uno se levanta de la cama, se pone las zapatillas, va al aseo, se mira en el espejo, gruñe, se despereza y se cepilla los dientes, camina por una vía demarcada por objetos. Va respondiendo al impulso de cosas que guían lo que hacemos, cosas que nos indican cómo lo debemos hacer. Un circuito obligado que exige conductas reactivas. Nuestros

movimientos carecen de imaginación, voluntad o pensamiento.

Los objetos nos conducen como si fuesen lazarillos.

Salimos de casa, subimos a un vehículo, nos dirigimos al trabajo. Manejamos los utensilios de nuestra labor cotidiana. Un nuevo circuito de objetos obliga a ciertos gestos y limita las ideas al universo del que emergen; escueta y precisamente ese, el que ellos demarcan. Desde allí, también imaginamos cuando podemos, paraísos cargados de objetos contrapuestos a los que nos encarcelan.

Un objeto transmite posibilidades, trayectos, objetivos irremediables y hasta su propia subversión. Los objetos poseen entidad propia.

Los objetos nos hacen

Hace unos años, pensaba que los objetos tenían sólo dos características:

1. Una *forma de ser* que dependía de su naturaleza constituyente y de las propiedades que sus productores lograron fijar en ella; que la producción del objeto mismo concretó.

2. Una *forma de estar* en sociedad, supeditada a la manipulación y uso que se hacía de ellos.

Ambas formas situaban a los objetos alrededor de las decisiones humanas y los hacían hijos de la voluntad. Faltaba el punto aquel en que el objeto ejerce el papel de sujeto, arrebatara nuestra voluntad y nos obliga a emprender caminos intransitados.

Se trata de *las maneras de hacer del objeto*. Hasta ese momento, no había entrado en mi cabeza la consideración de que la propia cosa, hecha o no objeto, en tanto presencia que actúa, amplía la realidad previamente conocida y disponible. Empecé a pensar que los objetos *nos hacían*. Las calles están ya dispuestas cuando nacemos, y actúan en nosotros como los árboles que crecieron y nos dieron cobijo y auxilio antes de pensarlos y antes de pensarnos. De ahí deduje que:

- *Los objetos concretan la realidad humana.*
- *Aplican lo pensado, materializan las ideas y conforman el trabajo acumulado de toda sociedad.*
- *Se manifiestan ante nosotros como fósiles de conocimiento.*
- *Impiden que perdamos la memoria.*
- *Pautan el avance de la razón.*

Antes de que fuéramos capaces de pensar y mucho antes de que fuéramos capaces de pensar que pensamos, la materia tardó mucho tiempo en elaborarnos.

Concluí que hacer cosas hace el pensamiento.

En toda sociedad, los objetos muestran cuáles son las prioridades. Empezamos a distinguírnos al distinguírnoslos.

Somos hijos de la materia social, y el ángel determinante de todo ello es la propia relación social compartida entre sujetos y objetos. El objeto es tanto resultado de intuiciones, técnicas y éticas, como motor de experiencias, métodos y estéticas. Los objetos son los sentidos de la historia. Expresan la realidad, la materialidad y la naturalidad de nuestra existencia como especie. Y eso ocurre desde los orígenes, en un mundo gobernado por la satisfacción.

Los objetos nos enseñan

Si echamos la vista muy atrás, hacia la realidad que vivieron los primeros homínidos, adivinamos el primer axioma de la vida:

El ánimo de la vida es permanecer en su propia satisfacción.

Homínido menta una cosa agarrada a un cuerpo, que otras cosas animadas dejaban pasar indiferentes o aprovechaban. De la mano de Jung, pensaríamos que la sensación ancestral de ser perseguidos, el temor a convertirnos en presa, se halla presente todavía en nuestros sueños.

Somos la satisfacción de otros.

A su vez, las otras cosas que también iba encontrando entorpecían o ayudaban el camino que tomaba el satisfacer su vida. Y todo podía serle *útil*

Conocemos como «útil» algo efectivo que nos es favorable.

Útil puede ser todo lo que nos rodea, desde un palo para acercar la fruta a una hoja de palma que nos resguarda de la lluvia. En aquellos primeros momentos, «nuestra» intervención en el mundo era básicamente de aprovechamiento. Aprovechar la vida que ella misma brinda.

Nuestros ancestros carecían de objeto(s) propio(s). Su deambular se alimentaba del *afuera*. Nada de lo que les rodeaba obtuvo origen en ellos. Su universo se amoldaba a una rutina satisfactoria con ingredientes oportunos de espera, impaciencia o anhelo. A su alrededor, el mundo afloraba de manera inconcebible. Todo parecía brotar de la misma madre autárquica en una multitud de expresiones que inundaba de diversidad la materia. Las cosas prendidas a la vida compartían el ánimo del movimiento y, como factor esencial, su dependencia de lo que les era ajeno. La satisfacción se colmaba de esas cosas.

La vida, en cada una de sus manifestaciones específicas, procede entera o parcialmente de lo que es ajeno; sin esa relación de alteridad no existiría.

La vida es recolección de otras vidas, sin que medie paradoja alguna. Se alimenta de sí misma sin contemplaciones. La vida es el viaje de la energía hacia no se sabe dónde y, a través de nosotros, cobra *conciencia* en todos los sentidos que seamos capaces de reconocer en ella.

La vida es materia que busca comprenderse y, la experiencia humana, la prueba de que se está en ello.

Somos una especie en proceso, sin itinerario predicho. No somos la encarnación de ninguna idea ni el correo de la nada o de nadie. No participamos en la vida con las cartas marcadas. Nuestra intervención en el proceso tiene que ver y depende de cosas ajenas a nuestro cuerpo y decisiones.

La vida no es un juego. Un juego es una actividad satisfactoria en sí misma, y por eso es lo que más se parece a la vida, pero la vida no es un juego; alimenta toda combinatoria que asegure su perduración.

En el origen de la andadura que nos trajo hasta aquí, todo era *extraño*. La vida se reducía a recolectar, cruenta o incruentamente, requisitos para su alimentación. Los objetos que nos nutrían, constituían nuestra finalidad, la satisfacción inmediata. Todo era útil, desde los productos espontáneos de la tierra hasta las orografías oportunas que daban cobijo.

Los objetos que nos hicieron, también nos enseñaron el camino para hacer objetos propios. El útil, con nuestra intervención, se hace instrumento. Acabamos de hacer algo efectivo y propio, algo que no existiría sin nuestra intervención.

Útil e instrumento no son lo mismo. Todo instrumento es útil, pero no todo útil es un instrumento. Un instrumento es un utensilio, una herramienta, un objeto tangible del que nos servimos para hacer o lograr algo. Útil es todo lo que proporciona provecho, todo lo que nos es favorable; no tiene necesariamente un cuerpo fijo. Un instrumento, en cambio, pretende fijar distintas encarnaciones de utilidad.

Lo útil carece de objetos decisivos o determinados. Podemos agarrar cualquier cosa que nos facilite hacer o conseguir otras; sin embargo, una vez confeccionado un instrumento, lo útil se ve privado de gran parte de su libertad de movimiento. El instrumento responde a requisitos; es un producto que desea ajustar una satisfacción concreta prefijada. El alma del útil es raptada por el instrumento. El instrumento ordena la utilidad en pos de un objetivo. Carece del criterio fluido de libertad de lo útil y de lo que es favorable en general, pues fija y determina el movimiento en una dirección.

En un instrumento todo está en acción, salvo que consideremos retóricamente como activo o pasivo el lugar donde lo que ocurrió dejó huellas. Todas las partes de los instrumentos son útiles, aunque para diversas cosas, desde el filo de la navaja hasta el mango. El instrumento obliga a trabajar a todas sus partes útiles para un mismo fin. Las atraviesa a todas y les impone un sentido hasta que alguna de las utilidades sometidas se erige como alternativa material a los viejos instrumentos o, agotada como ellos, les acompaña al cubo de la basura.

Los primeros instrumentos muebles, por llevarlos, siguieron el paso ligero de las primeras especies de nuestro género. Después se construyeron los primeros instrumentos inmuebles, como el paravientos que imitaba el refugio que las acogió por vez primera. Con ambos se empezó a edificar un nuevo mundo en el mundo. Se homologaron gestos instrumentales y se transmitieron soluciones. Pautadamente, los procedimientos estables dieron paso a la instrucción hasta conseguir fijar formas regulares en la materia disponible.

Cuando experimentábamos alternativas para conseguir alimento, utilizamos las cosas que nos rodeaban adaptando lo existente y nos pusimos a prueba para satisfacer finalidades propias. Ahí transformamos lo útil en instrumentos. Nuestra vida exigió objetos propios para ser satisfecha; la energía pudo ser acumulada. El acceso y la duración de la satisfacción constituyeron los objetivos prioritarios entonces. Con la producción de instrumentos

aseguramos pervivencia a costa de ubicar en los objetos propios la satisfacción del vivir mismo. La producción fue ganando así el espacio energético de la vida social y fue concretando el género humano.

La comunicación engendrada por el *estar común* sugirió maneras de hacer y entender los objetos igualmente compartidas. Los procedimientos sociales fluyeron en normas instrumentales que manipularon lo útil y disponible a disposición de todos, hasta lograr objetos propios y distintivos. Cuando se comparte utilidad se pueden elaborar instrumentos semejantes y repuestos. Aquellos orígenes de utilidad compartida no dieron cabida a ninguna privacidad. La comunidad socializaba procedimientos y compartía soluciones adecuadas a las experiencias consolidadas. A través de ellas, la comunidad escogía la alternativa que más le convenía.

La necesidad

Cuando el instrumento alimenta el cuerpo y las conciencias, da entrada al mundo de la necesidad.

La necesidad surge ahí, cuando la satisfacción requirió la presencia de un instrumento mediador: un tercer objeto que se hizo imprescindible como medio para mantener la satisfacción y la vida. La satisfacción mediada por los instrumentos inaugura la actividad laboral como tránsito hacia una plenitud imposible.

La necesidad se instaló en nuestro cuerpo cuando los instrumentos dictaron su utilidad.

Y de ese requerimiento hicimos acopio y producción. El conflicto no tardó en aparecer.

El conflicto surge de una recolección violenta de objetos ajenos que se resisten a ser-nos útiles. El conflicto deposita la seguridad de la vida de unos en las actividades de los otros. Se manifiesta alternativo a la producción cuando es más rentable la sustracción de objetos ajenos, pese a los riesgos que comporta, que la producción de objetos propios; mucho más todavía si los medios para lograrlos también nos son extraños. Si la guerra facilita el acceso a la satisfacción, en mayor medida y menor gasto de energía que la producción de la vida misma, las comunidades humanas siempre acudirán a ella como atajo para obtener satisfacción, al margen de cualquier consideración moral.

La necesidad no nos construyó, fueron los instrumentos que la satisfacción requería los que implantaron en nosotros los conceptos de insuficiencia y límite.

Con los instrumentos inauguramos un nuevo trayecto. La implantación del objeto instrumental en sujeto de nuestra vida supuso un giro definitivo de la *satisfacción inmediata* que proporcionaban las condiciones y límites de la vida misma a una *satisfacción mediada* por aquellos. Por un lado, los instrumentos incrementan el goce de la satisfacción, mientras que, por otro, alteran sus plazos. La propia satisfacción se amolda al ritmo que impone la mediación instrumental.

La fibra humana en su primera tensión logró fijar e incrementar la satisfacción que su vida requería al manipular objetos ajenos que permitían alcanzar alimentos con mayor premura y seguridad. Estos medios colmaban satisfacción a medio plazo mientras diferían su inmediatez. La solución compensó. El estilo de vida que proporcionaba satisfacciones mediadas por instrumentos, poco a poco fue sustituyendo a la satisfacción instantánea proporcionada por la recolección de existencias y utilidades. No nos interesa aquí determinar cuándo ni dónde aconteció ese nuevo estilo de vida. Lo que interesa ahora es retener que para certificar ese despliegue se contó con objetos ajenos que proporcionaban satisfacción inmediata. Sin ese veredicto de *lo conveniente*, nuestros ancestros hubieran sido incapaces de imitar la vida mediante objetos propios que, a partir de ese momento, mediaron con la satisfacción y hasta llegaron a medirla.

El progreso suele *apreciarse* en los términos que marca el tránsito entre la satisfacción inmediata y las satisfacciones aseguradas. La primera etapa se resuelve en *saciedades* instantáneas, mientras la segunda, ocupada en multiplicar el tiempo de disfrute, se preocupa más de los medios para mantenerlo que de saborearlo. Los útiles *pueden* ilustrar las dos opciones, pero los instrumentos *encarnan* la síntesis de ambas y se afanan en facilitar satisfacción más rápidamente y durante el mayor tiempo posible. Por eso, dictan el progreso.

Una diferenciación neta entre el útil y el instrumento concierne al mayor grado de implicación energética que exige este último. Los hay que requieren incluso una nutrida colaboración de esfuerzos. A estos objetos difíciles de obtener, los llamamos *complejos*, por las dos afecciones que el término incluye. Por un lado, exigen la integración de distintos tipos de actividad y, por otro, nos hacen

tomar conciencia de nuestra incapacidad individual para obtenerlos.

La colaboración permite evitar complejos patológicos. Sin relación, el objeto no se mueve.

La producción de objetos propios implica un plan de ocupación. Mientras estamos en la tarea, nuestro cuerpo y nuestro tiempo están ocupados. El cansancio nos puede invadir, pero la *labor* no deja paso a la preocupación. Cuando estamos ocupados en (por) un objeto, las preocupaciones se depositan *afuera*, en el exterior de la actividad, o tras ella. Se supone que con el objeto producido ganamos satisfacción, tanto en prontitud como en duración y tiempo propio. Sin embargo, los objetos constituyen el obstáculo para la satisfacción misma al hacerse necesidad. Nuestro tiempo de vida queda sometido a ellos en cierta medida. El tiempo que parecen ahorrarnos cuando los utilizamos exigirá como contrapartida una mayor inversión de esfuerzo colectivo en su producción, y el tiempo común de beneficio social se disolverá en tiempos subjetivos, solitarios y necesitados a medida que avance la división de tareas implicada en su producción.

Cómo se produjo la necesidad tampoco es lo importante... Quizás, se produjo porque la satisfacción no acudió a nuestro encuentro con la premura acostumbrada. Quizás, porque la experiencia retuvo que una punta de piedra *incidía* más que las uñas o los dientes. Quizás, porque al cortarnos comprobamos que cortar (que es clavar y estirar al mismo tiempo) era más efectivo que esos dos movimientos por separado, y se accedía así más fácilmente al alimento.

Lo importante es saber de dónde emerge la necesidad:

- *La necesidad primera parte de esa satisfacción mediada.* No es, por tanto, hija de la carencia. *La satisfacción que procura el instrumento es la que provoca su propia necesidad.*
- *La necesidad segunda parte de la previsión, la seguridad de sentirse siempre satisfecho.* Hacer acopio de medios para mantener el nivel de satisfacción va seguido del subsiguiente corolario que puede trocar en ambición el poseerlos definitivamente, y denominar «riqueza» a la *acumulación* de los mismos, una antesala propicia para su *apropiación*.

– *La necesidad tercera surge al poner precio a la vida.* Cuando la idea se antepone a la vida produce un criterio de satisfacción comparativo, restringido al goce de cada cual; una ruptura del sentido social primigenio que requerirá *objetos instruidos* en esa necesidad agonística para poder reproducirse.

Los objetos instruidos

Por último, cuando ya sabemos que los objetos nos conducen o nos hacen, y también sabemos, al atravesar el umbral de lo útil al instrumento, hacerlos y conducirlos a nuestro interés, damos el paso definitivo para convertirnos en *objetos instruidos*.

Los objetos instruidos son objetos de razón que olvidaron su génesis. Frente a lo que este calificativo pueda sugerir, la instrucción que los alimenta no procede del conocimiento, pues este ha perdido absolutamente su vinculación material, su capacidad tangible y parte de su capacidad sensible. Los objetos instruidos se resisten a cualquier tipología que pueda ubicarlos. Su aspiración, al escaparse del mundo, reside precisamente en imponerlas.

Recapitemos. Primero utilizamos cosas ajenas. Después hicimos de ellas nuestros primeros objetos. Estos objetos propios dieron soluciones que, a su vez, generaron procedimientos estables que obligaron a la instrucción. La relación social exigida por la compañía y el aprendizaje mutuos repartió medios de transmisión y comunicación cada vez más amplios y diversificados. Y en cada uno de esos estadios se definieron sujetos sociales que pasaron de ser *miembros* de la comunidad a constituirse en *individuos* cada vez más aislados. Se crearon nuevos sujetos a partir de las instrucciones de las nuevas conciencias y *se fragmentó* definitivamente la sociedad. En ese instante, el colectivo social se creyó dependiente del consenso, contrato u obligación entre individuos.

Nos convertimos en cosas que desean justificarse. Sujetos que encuentran objeto sólo en sí mismos y que perdieron de vista todo el recorrido *desde ser el miembro de una comunidad a constituirse en un individuo necesario y necesitado*. Ese es el momento de la creación de intangibles, como el Espíritu o Dios.

Lo afectivo que acompañaba en origen a lo efectivo, ahora lo precede y se erige en criterio constructor del mundo.

3. LOS LÍMITES DE LA INVESTIGACIÓN

¿Cómo podemos dar cuenta de todo ello? ¿Cómo hacemos conocimiento? ¿Cuáles son los límites de la investigación (por qué no arqueológica)?

Podemos observar en el mundo una multiplicidad fenoménica, pero cuando nos movemos en él concretamos el movimiento de muchos factores en relaciones únicas, como dadas en un relato del acontecer. Así, cuando queremos ir al cine podemos dudar de la película que queremos ver, del vestido que nos pondremos, de los medios de transporte que tomaremos, y hasta del trayecto más apropiado. Sin embargo, acabaremos yendo al cine vestidos con unas prendas concretas, precisamente en coche y siguiendo una ruta que no será otra; pues cuando todos esos movimientos que creemos nos llevan al futuro se hacen realmente pasado quedan determinados (fijados) por una sola de las opciones/posibilidades disponibles al principio (y quizás no precisamente la apetecida) ...

Y cuando contemos la *verdad* de aquella situación, de lo que nos movió para ir al cine aquel día, sabremos que entre las motivaciones o el mero transitar surgió aquello que decidió la película, y entre las ropas que podíamos ponernos, nos encontramos exclusivamente vestidos de azul, o que al cine llegamos por Aribau tras torcer a la derecha en la Plaza de la Universidad. Todo ello quedó fijado en lo real de *una manera* y no de mil. Por eso el pasado es uno y el presente contribuye, en su acontecer, a fijarlo de esa manera única y determinante, aunque después inventemos historias para justificarlo, auto-justificándonos.

El futuro siempre será múltiple porque sólo es posible y como tal no determina mundo.

Cuando la idea se concreta en el mundo como un objeto real (en situación, experiencia, o relación) «olvida» esa carga espiritual o, si se prefiere, toda filosofía, pues la idea se superó en *realidad* al desprenderse de las condiciones, motivaciones y posibilidades que podrían haber fraguado otras realidades, pero que no lo hicieron.

Es por ello que la historia no es múltiple, dispersa, ni polisémica. Si creemos que se abre a multitud de lecturas es porque seguimos siendo niños a la búsqueda de relatos de aventuras, o porque nos interesa re-buscar motivos para salvaguardar ciertos relatos *por encima* de los hechos que narran. Quizás construyamos pasados para alimentar el deseo im-

posible de un futuro a nuestra medida y que se escapa siempre hacia el pasado. El pasado es la realidad única fraguada entre un selecto ramillete de posibilidades.

La realidad transcurrida sólo manifestó una manera, a pesar de que las posibilidades en las cosas materiales fueran muchas. Los límites de la investigación no los marcan las interpretaciones que puedan sugerir lo acontecido, ni las posibilidades que podrían haber desviado hacia otro lugar lo que ocurrió, sino la inequívoca gravedad de las cosas en su acontecer.

En la verdad de lo ocurrido no hay contradicciones.

Sólo el lenguaje es capaz de contradicciones. La realidad parece no saber nada de contradicciones, aunque confundamos su *textura*. Lo que la realidad proporciona se reduce a armonías o colisiones que integran o desintegran formas de vida posibles y alternativas. La materia no tiene contradicciones. Las contradicciones muestran la incapacidad de las palabras para nombrar los ricos matices de la diversidad de la materia, tan tenues que el sonido y la figuración de las voces, junto a los garabatos que inventamos para representarla, no han logrado ensamblarse todavía de forma satisfactoria, ni dar con una *forma* de emulación adecuada.

Cuando la razón procede señalando acontecimientos, describiendo su proceso y expansión, reproduciéndolos en un experimento de laboratorio concluye inevitablemente afirmando que el proceso era razonable. Nuestro pensar se reduce a declararnos satisfechos porque la cosa entró en razón. Damos protagonismo al discurso y olvidamos que las causas de las cosas no son los motivos que la razón esgrime para comprenderlas. Cuando la razón *objeta* todo este proceso ya está lista para abordar lo inconcebible.

La causa no sólo materializa con-secuencia; es la propia realidad que la cosa en su materialidad ha vencido. Es la relación que en ella encontró solución.

La investigación arqueológica es posible porque el pasado, aunque pueda recrearse de muchas maneras, en verdad sólo se manifestó de una, y los objetos *somos* la prueba.

4. LA ÉTICA DEL SENTIRSE OBJETO

Pasar de la conciencia de sujeto a la conciencia de objeto puede aturdir, pero es un paso decisivo

para ubicar la conciencia (ese sencillo ingrediente de la materia constituido en su devenir) en un lugar reintegrador.

Actualmente, parece que las filosofías de la conciencia han quedado diluidas en las nuevas filosofías que proclaman que nada hay tras el lenguaje, ni tampoco frente a él. Creen haber acabado con el binomio objeto-sujeto, indolente causa de la indeseable dialéctica entre el amo y el esclavo. Este triunfo de la *formalidad*, carente de contenido, no permitirá entender que las palabras del texto se pierden en la conciencia del saberse objeto.

Mi propuesta no es otra que la de restituir-*nos* la dignidad de ser objetos. Objetos para otros. Abandonar cualquier tipo de *sujección* ensimismada para encontrar en el *ir hacia afuera*, ir al encuentro que siempre nos halla, el único sentido común que la vida manifiesta.

Sentirse objeto consiste en actuar para el otro, ser útil a los otros, constituirnos en medios de su realización. Ser útil no es prestarse a ser utilizado como instrumento, aunque ello pueda producirse. Es abandonar las ensoñaciones del sujeto para consigo mismo, siempre ilusorias, y avanzar hacia la satisfacción del otro, primando lo común. La verdadera satisfacción se aprestará a repartir goces íntimos en una dialéctica recíproca inevitable.

La utilidad está atrapada en el engranaje de la satisfacción más que en el de la necesidad. Ya vimos que la satisfacción no exigía una carencia previa. Vimos que estaba prendida al ánimo de la vida. La ventaja de restituirse como objeto reside en recuperar la sustancia del goce y la satisfacción. Personificar esa realización concreta del deseo de otros es la máxima prueba de sentido social y de placer compartidos.

Muchos siglos de imperio de la Idea, de construcción de individuos autárquicos y libres sólo formalmente, serán devueltos a la nada, como nuestra propia muerte se encarga de ilustrar. La muerte siempre es individual y exclusiva; sólo se manifiesta capaz de acabar con la vida de cada uno. Sin embargo, se muestra impotente para cancelar las relaciones, que nos sobreviven y que cobran sustento en los objetos que legamos. La materia del recuerdo y sus objetos permanecerán en los otros, con la misma intensidad con la que experimentamos aquellos que nos precedieron.

Facilitar nos-otros la satisfacción a otros, ser su utilidad, es construir una vida favorable para todos.

El objeto fija las veleidades del sujeto. Es requerido por aquello que es útil y favorable. El objeto de deseo es esa exterioridad que queremos *venga a nosotros*; un objeto reclamado que habrá que cuidar de manera generosa para que el primer encuentro fortuito se consolide en una relación satisfactoria y duradera.

Los objetos poseen, más allá de sus rutinas de obediencia, una vida interior que puede colonizarlos instrumentalmente o, por contra, ayudarnos a aprender a ser abiertamente útiles para los otros. Ser útil no es plegarse a la decisión a que obliga el instrumento, sino manifestarse un bien favorable. El mayor éxito social se produce en aquellos ámbitos en que sabemos ser el medio de la satisfacción de los otros. Ser un medio eficaz es el máximo valor que posee un objeto, y lo único verdaderamente importante para una sociedad abierta, sabia y solidaria. Una sociedad que se *re-conoce* en la causa primera.

La causa primera, la causa del ser, es la materia.

La materia está en todas partes. Es el *punto* de las formas y el *uno* de los números. Con nosotros, la materia ha logrado pensarse. Por eso no somos cualquier cosa: *somos el objeto de materia que se piensa como sujeto de sí.*

Al principio, con el balbuceo de la materia en su primer pensar-se y producir pensar-nos, nos creímos paradójicamente pensados. Nosotros, el lugar que la materia concretó para desplegarse en Idea, creímos que la idea de Otro nos precedía. La fuerza de las cosas cobra con nosotros una nueva responsabilidad. Hasta donde sabemos, la primera y única responsabilidad consciente de la materia, una responsabilidad que nos impide huir de nuevo.

AGRADECIMIENTOS

Usé, espero que sin instrumentalizar, a todos los amigos y colegas que, de una forma u otra, ofrecieron sus consejos para matizar este texto: Rafael Micó, Teresa Sanz, Cristina Rihuete, Roberto Risch, Sylvia Gili, Bob Chapman, M^a Inés Fregeiro, Kate y Joan Pepper. Dejo constancia aquí de mi agradecimiento más sincero y de que no son responsables de los predicamentos, errores u omisiones en que pude haber caído.

BIBLIOGRAFÍA

LEONARDO DA VINCI 1970 (orig. 1883): *The Notebooks of Leonardo da Vinci. Compiled and Edited from the original manuscripts by Jean Paul Richter.* Dover Publications Inc., Nueva York.